



Dibujo de Julio Vidrio

LAS FUERZAS

VIVAS

UN CUENTO

por

Gastón GARCIA CANTU

EN el patio del Palacio Municipal, tenía lugar un banquete. Los arcos de piedra gris habían sido adornados con enramadas de las que caían canastillas con palmas. Sobre las cornisas, los pequeños escudos azules y amarillos, que eran los colores de la ciudad, lucían fechas e iniciales. Al fondo del patio, cubriendo la gran escalinata de mármol, estaba el retrato del mandatario. No era una obra maestra. Algunos invitados juzgaban que los rasgos enérgicos del mentón, si bien los había entendido el pintor, no eran del todo exactos. Los ojos carecían de brillo y malicia, cualidades que el Secretario Particular calificaba de atributos del genio. El gesto había sido alterado por acentuar, más de lo permitido, dos arrugas al borde de las comisuras. Era él, decía un diputado, pero no exactamente él. Hasta ahora, agregó tímido uno de los regidores, nadie ha podido pintar con fidelidad a nuestro jefe.

—¿No cree usted?, dijo al diputado.

—Es posible... es posible... Y dió las espaldas al que se quedó mirando el retrato con visible empeño por descifrar lo que había en esa cara de la fuerza que, según su opinión, a todos dominaba.

A unos metros del zaguán, la escolta de la gendarmería formaba una valla. Hacia la derecha, la banda del municipio tocaba la obra favorita del Presidente Municipal: la obertura de Tanhauser.

Al oír la música, hizo una señal a Garmendia, su Secretario, y le dijo:

—¿Escucha usted? ¿No es hermosa esa música?

—Sí, señor, contestó Garmendia, muy hermosa.

Garmendia era delgado, casi enteco. Vestía siempre de negro y tenía la costumbre de responder a las preguntas que le hacían asintiendo con pequeños movimientos de cabeza. Era, según la expe-

sión del Presidente Municipal, un compañero perfecto. Jamás discutía; siempre aseveraba. Los políticos habían advertido su hábito, y uno de ellos, Julio Torreblanca, dándole palmadas en un hombro, le dijo cierto día una frase que Garmendia rumiaba a todas horas: “¡Usted llegará muy lejos, pero muy lejos!”

En el patio, a un lado de las mesas, un grupo de diputados formaba corrillo casi íntimo. La voz de Alfonso Sánchez sobresalía de todas por el timbre que sus amigos calificaban de barítono. Sánchez lo sabía y modulaba frases sin cesar. “Cierta vez —alzó la voz más de lo tolerable— en que meditaba sobre el destino de nuestro Estado, observé a nuestro jefe y me dije: ¡Donde está él, allí está la Revolución! ¡Compañeros, —les dijo en delibada oratoria—, esa debe ser nuestra divisa!”

—¡Claro, asentían los del corrillo, claro que sí!

—Siempre dices lo que todos pensamos, sentenció Gómez, un líder obrero, por eso ya eres nuestro paladín. Claro... El es nuestro guía.

La banda municipal redobló sus esfuerzos. El Presidente Municipal respiraba profundamente.

—¡Qué músico ese Wagner!

—¿Alemán?, preguntó el secretario.

—¡Desde luego, y de los prusianos Garmendia, de los prusianos!

El tesorero del municipio se acercó a ellos, para decir al Presidente, visiblemente preocupado: “¡Señor, no han llegado las fuerzas vivas!”

—Eso veo, Rodriguitos, eso veo... Pero no debemos preocuparnos. Don Luis tiene el encargo de hablar por teléfono con todos ellos.

—¿Cree usted que vengan?

—¡No faltaba más!... ¿O piensa usted?...!

—No señor, yo no pienso... pero... ¡Esperaremos, señor esperamos. ¡Ya vendrán!

El Presidente Municipal pensó en su desastre si no llegaran los banqueros, los industriales, los comerciantes y las honorables colonias extranjeras. “No, se decía, eso no podía suceder. Todos habían aceptado que la muerte de don Francisco Márquez había sido por móviles pasionales. ¡Sólo los rojos habían señalado al jefe como autor del crimen! ¡Quiera Dios, y los maten a todos, sobre todo a ése...!” En el instante de su petición entraron los de la Sociedad de Comerciantes.

—¿Cómo está usted don Manuel?

—Compañero, ¡cuánto gusto tengo al saludarlo!

—¿Compañero?

—Sí... De Presidente a Presidente...

Rieron los presentes y la voz de Garmendia se oyó como en sordina:

—¡Qué ingenio! ¡Qué ingenio!

—Pasen, señores, pasen, decía el Presidente Municipal... Garmendia, atienda usted por favor a nuestros invitados como ellos lo merecen.

Minutos después entraban los banqueros y, atrás de ellos, el grupo de industriales. No tardaron en seguirlos los magistrados y los jueces.

El Presidente Municipal tenía para todos abrazos, apretones de manos, sonrisas y frases de agradecimiento. En el colmo de su alegría, ordenó que, por segunda vez, la banda tocara la obertura de Tanhauser.

Respirando profundamente, veía el patio iluminado y a las personas que sólo él, y nadie más que él, había invitado. “El acto político más importante de la época”, se repetía sin cesar.

El Tesorero, muy agitado, se acercó para decirle:

—¡Señor, el poeta Castillejos no ha llegado... Es muy capaz de andar borracho!

—¡Maldito sea!... ¡Pero vendrá!

—¿Y si nos abandona?

—¡Eso no podrá suceder! Diga usted a dos o tres mozos y empleados que lo busquen por mar y tierra.

Un clarín sonó agudo y los allí reunidos, como a una señal convenida, enmudecieron. ¡Firmes!, gritó el oficial de la guardia, y por la puerta se anticiparon, casi corriendo, los ayudantes del gobernador.

Rodeado de los que él llamaba sus colaboradores íntimos, entró precedido por aplausos y vivas, confetis y flores que caían de los corredores del Palacio.

El Presidente Municipal se adelantó y casi en éxtasis le dijo:

—¡Señor general, bienvenido!

—¡Que tal Manuelito! ¿Qué tal?

Un grupo de empleadas del Ayuntamiento rodearon al mandatario y una de ellas, entre los aplausos de los concurrentes, le puso un ramo de flores en el cuello.

Garmendia, que estaba junto al Presidente de la Sociedad de Comerciantes, comentó:

—Es una costumbre de Hawái, nos decía el poeta Castillejos... Simbólica, ¿verdad?

—No hay duda, contestó el comerciante, que ustedes han ido de acierto en acierto, y ahora, para digno remate de su obra, reúnen a lo que más vale en esta ciudad.

—Es usted muy generoso.

—No, nada de eso, hay que decir la verdad... Tosió y con cierta gravedad, al sentarse, desdobló la servilleta.

Habían transcurrido diez minutos. La música no cesaba; tocaba el turno, en el repertorio elegido por el Presidente Municipal, a la obra predilecta del gobernador: "Zacatecas". Cuando hubo terminado, Garmendia se puso de pie y dijo:

"Tengo el honor de anunciar que, a nombre de los respetables señores industriales, dirigirá la palabra el señor licenciado Rafael Pinillos".

Todos aplaudieron. Pinillos, según decían los propietarios de las fábricas, era un teólogo formidable. Sus estudios eran profundos, muy profundos, decía don José Pons, uno de los más ricos, el cual, al oír que Pinillos hablaría, cruzó los brazos y esperó como un devoto.

Pinillos empezó su discurso:

"Quisiera tener el verbo encendido de los guerreros o la voz cantante de los profetas, para decir, en frases talladas en rica pedería, lo que este instante es para la patria... La patria, señoras y señores, que independizara el inmortal Iturbide... La patria que cual madre nos abre sus brazos eternos para decirnos: ¡No por allí hijos míos; no por el mal camino, sino por el que, sembrado de espinas, conduce a la inmortalidad!"

—¡Bravo!, gritó Pons. ¡Eso es!

Entre aplausos y "vivas", Pinillos hizo un ademán de agradecimiento y prosiguió su discurso, para llegar a la parte final que Garmendia consideró, en la síntesis que según él había logrado, "el aspecto medular".

"... Si examinamos la historia nacional, veremos que en el escenario del presente sólo hay una figura egregia, vigorosa, y yo diría, aunque para muchos oídos no suene acorde con el bajo y crudo materialismo en que vivimos, espiritual, porque sólo un gran espíritu puede dar las garantías que son necesarias a la fuerza creadora del trabajo: el industrial, y únicamente puede un espíritu abierto y patriota poner un dique férreo a las garantías de los que exponen, con su capital, todos los riesgos imaginables en esta era de desasosiego y atentados incalificables al derecho natural de la propiedad..."

—¡Claro!, volvió a gritar Pons.

"... El hombre que nos reúne ha logrado conciliar los intereses sin los cuales una sociedad, como los organismos sin savia fecunda, perecen: el capital y el trabajo. En nuestro Estado, esos intereses se dan la mano, se abrazan y comprenden. No existen los rapaces ni los venales... ¡Sobre todo los líderes venales!"

Los aplausos alternaron con las "dianas" que tocaba la orquesta. Pinillos, visiblemente emocionado, continuó:

"¿Qué figura, decía yo, existe en este instante decisivo, comparable por su estatura moral con la del hombre insigne —y señaló al mandatario, como dirigiendo los aplausos que los presentes le tributa-

ron de pie— ... A este hombre insigne, prosiguió, cuya figura podría llevar a la patria, cual nave en mar proceloso, al puerto seguro de la felicidad? ¿Quién sino él podría darnos la paz que nos han escatimado estériles pugnas, luchas fratricidas? ¡Brindemos porque tenga larga vida y que todas sus acciones sean, como hasta ahora, para el bien que anhelamos!"

Las últimas palabras las dijo entre los renovados aplausos del grupo de industriales. Al terminar, el general llamó a Pinillos y le dió un abrazo. Pons no pudo más y, casi sollozando, decía a gritos: "¡Ay, si él gobernara a este país!"

Un industrial preguntó a Garmendia por el orador siguiente. Garmendia le indicó que esperara y, levantándose de su asiento, dijo:

"Señor general, señor Presidente Municipal, respetables señores, el licenciado Miguel Rojas hablará a nombre de la Sociedad de Comerciantes".

Nuevos aplausos y una pregunta maliciosa de Pons a un comerciante:

"Podrá superar a Pinillos... ¿eh?"

—Cada quien es notable en lo suyo, contestó el comerciante, Pinillos por su profundidad y Rojas... pues por su erudición...

Rojas empezó con estas frases:

"Si yo hubiera tenido la dicha de contemplar el Coloso de Rodas, las estatuas de Hércules, las carabelas de Colón o el estandarte de Carlos V... O hubiera asistido, mudo de asombro, a la batalla de Wagram, y admirado al gran Corzo, o estado cerca del Gran Capitán en sus campañas de Italia... O entre las filas de don Hernando de Cortés, que traía en su armadura el polvo de los siglos de la civilización europea... No tendría, como no hubiera tenido ante paisajes miliunanchescos, tantas y tan magníficas cosas como tengo en este histórico momento entre ustedes, comensales ilustres de la por mil motivos ilustre ciudad de nuestros mayores, a la que preside la personalidad recia, marcial, y a la vez comprensiva y generosa, del señor general don Saturnino Gómez, al que no por azar hemos convenido en llamar el hombre fuerte del Estado..."

—¡Mucho! ¡Qué bárbaro! ¡Qué erudición! Decían los comerciantes.

En la parte medular, que señaló Garmendia, dijo:

"... Sí, nadie duda que en el panorama nacional él es la gran figura. ¿Pero alguien ha reparado por ventura en los que hoy son mandatarios en la América Hispana? ¿No vemos acaso ausencia de estadistas entre las hijas del León Español? Es cierto, y no pocos lo dirán, que existen hombres igualmente ilustres pero ellos no son, ni con mucho, de la dimensión que necesita ahora el mundo para contrarrestar los embates del judaísmo internacional..."

"¡Así es, así es!", gritaban los comerciantes. Pons asentía y mostraba cierta inquietud por el éxito de Rojas.

"... Comprendamos entonces la obra magnífica de este gran discípulo de Marte y veamos en sus ideas las señales luminosas que, cual faros gigantescos, nos han de indicar la tierra promisoría del orden y el bienestar. ¡He dicho!"

—¡Bravo!, gritó Pons, que por fin se había rendido ante lo que calificó de verbo viril: "¡Ante todo el orden!"

La orquesta interrumpió los aplausos

reanudando su intervención con un paso doble. Las aficiones taurinas provocaron una alegría que en el mandatario se tradujo en una pregunta al Presidente Municipal:

—Oiga Manuelito, ¿y quién es la joven que me puso estas flores?

—Una empleada de la Tesorería... ¡Ah qué general!, a usted no se le escapa una, ¿verdad?

—Ya veremos, ya veremos... A lo mejor le pongo yo otro collar... pero de perlas.

—No faltaba más... ¡A su salud, señor!

Garmendia se levantó nuevamente, y por una señal convenida con el Presidente Municipal, anunció al orador del gobierno "al excelso poeta, dijo, Luis Molinar".

"Yo hubiera preferido, dijo Molinar, en esta solemne ocasión, traer unos versos. Como poeta, no sé hablar de otra manera, pero quizá la emoción del instante no sería coherente con la rima, aunque pido a las musas, y sobre todo a la preferida de mi corazón, que me ilumine como a aquel viejo bardo que, mudo ante la belleza prefirió, antes de pronunciar palabra, que de sus ojos rodaran dos gruesas lágrimas por toda oración... ¡Señoras y señores!: En esta mañana esplendorosa, en el marco de la comprensión y la gratitud de los hombres más importantes del Estado, mi magín se halla prisionero de graves emociones, al oír a tan magníficos oradores y al palpar lo que es la caballerosidad y la hidalguía de una raza que tiene por don divino hablar en la lengua de los artistas y los pensadores... ¿Cómo expresar lo que siento si yo soy, por privilegio, uno de los discípulos de este hombre que lleva en sus manos bondadosas y enérgicas el timón de la tierra de nuestros antepasados? No puedo sino decir: Aquí estamos, señor, tus fieles servidores, tus amigos y correligionarios, a los que tú enseñaste el camino rectilíneo, el camino amplio y magnífico, la senda esplendorosa llena de luz y gloria... La orquesta, en lo que Pons calificó de oportunidad inigualable, tocó sucesivas dianas. El grupo de los diputados aplaudía de pie.

Molinar continuó:

"¿Es acaso este hombre el más importante del país y uno de los más grandes de Hispanoamérica? ¿No es acaso reducir su figura a las fronteras de una época determinada? ¿No estamos limitando su influencia a la esfera del Continente descubierta por Colón?"

"Si, sí", se oyeron las voces.

"¿No es nuestro hombre igual a los grandes de otras naciones? ¿No por ventura nació en la ciudad que es llamada con justicia la Atenas de América? Comparémoslo con otros héroes y estadistas de la vetusta Europa..."

"¡Viva Franco!", gritó Pons; grito que fué coreado por los asistentes.

"... Sí, él es de la misma dimensión de los egregios, de los incommensurables. ¡La patria, en la lámpara votiva de los elegidos tiene ya un sitio para él, que la engrandece y la ama! ¡Salud y loor a nuestro gobernador"

"¡Viva! ¡Viva!"

Los brazos del mandatario cayeron como tenazas en el delgado cuerpo de Molinar.

—Gracias, señor, gracias, decía Molinar.

—Anda hijo, bétete ésta a mi salud.

—Gran muchacho, afirmaba el Presidente Municipal.

—Ya lo creo, contestó el mandatario, como que lo escogí yo.

—Usted tiene a los hombres más capaces, general, le decía uno de los industriales.

—Hombre, contestó el general, no faltaba más.

El Presidente Municipal llamó a Garmendia, le dijo algo en voz baja, y éste fué a llamar al poeta Luis Castillejos, el cual, como era su costumbre, se había sentado al extremo de la mesa. Al pasar Garmendia por donde estaban los diputados, el líder obrero lo detuvo para decirle que ellos deseaban que hablara Sánchez, el gran orador de la Cámara.

—No es posible, replicó Garmendia, el mismo general conoce la lista de los que van a hablar y no podíamos nosotros, de nuestras pistolas, agregar otro más. Disculpe usted al Ayuntamiento, compañero; apelo a su buen juicio... ¡Usted sabe cómo es el jefe cuando se hacen cosas a las que no ha dado su visto bueno!...

—¡Ni qué decir, Garmendia, ni qué decir! Si es así, nosotros nos disciplinamos... ¡Ni hablar, compañero, ni hablar!...

—¡Castillejos!, dijo Garmendia, es tu turno. Don Manuel quiere que hables en la mesa principal.

—¡Vamos! ¡Y que el Olimpo nos proteja!

—¿Quién?, dijo uno de los empleados a otro que masticaba sin cesar.

—Olimpia... Ha de ser alguna de las mujeres con las que anda... Ya sabes cómo es.

—¡Ajá!

“Señores, dijo Garmendia, a nombre del honorable Ayuntamiento, que digna y acertadamente administra don Manuel

Domínguez, dirá unas palabras el célebre bardo Luis Castillejos”.

Los aplausos, según afirmó Garmendia, habían sido débiles; y la causa, agregó, había que atribuirlos a la vida de Castillejos, la cual, para personas como don José Pons, era escandalosa; aunque nadie podría dudar de su talento.

Castillejos empezó:

“Lo que se ha dicho aquí, señoras y señores, puede afirmarse que es una parte de la historia que un genio, con pluma iridiscente, escribirá en el libro de oro del porvenir.

“Es verdad, verdad que califico de vertical, que nuestro mandatario es el hombre más importante de nuestro país, que su egregia figura sobresale entre las veinte repúblicas hermanas y que, comparando su concepción, antójase decir clásica, del orden, con las de otros grandes del mundo, no cede ni en fuerza ni en oportunidad, ni en hombría ni santo patriotismo, ante la de nadie, por muy alto que esté en la historia que vivimos. Estamos, señoras y señores, ante un hombre que los escultores de la antigüedad hubieranculpido en itálico mármol, cabalgando por campos de amaranto en los que el enemigo de hoy, el comunismo ateo, cual dragón de siete cabezas hubiera sido vencido y traspasado por la espada de su energía y entereza...”

“¡Bravo!”, gritaban todos los presentes. Pons dejó de aplaudir para decir a Garmendia: “Es un gran poeta. ¿Conoce usted su elogio a los perros?”

—Sí... sí...

“Mas yo pregunto —continuó Castillejos— todo lo que disfrutamos, señoras y señores, la paz, la tranquilidad y las garantías a la propiedad, ¿a quién lo debemos? ¿De quién es la virtud que hizo posible este milagro político?”

Al oír esas palabras, el Presidente Municipal palideció, Garmendia lo miró con la boca abierta y el mandatario, entrece rrados los ojos, bebió de su vaso otro trago de vino. Hubo rumores y uno de los empleados preguntó a otro, casi en susurro: ¿Al Presidente?...

Castillejos, dominando la situación, volvió a preguntar:

“¿A quién debemos rendir perennes gracias, loas eternas, cantos inmortales? ¿A quién, señoras y señores, sino a don Felipe y a doña María, los que dieron el ser y la vida a nuestro mandatario. ¡A ellos, a los que llamo los muertos sembradores, a los que forjaron como en bronce este carácter, esta energía, este dinamismo que lleva los destinos del Estado por sendas de gloria y bienestar. A ellos, y sólo a ellos honrémoslos como en la antigüedad se honraban; veámoslos como símbolos de lo que deben ser las sacrosantas palabras de padre y madre; tomemos su ejemplo y pongámoslo en los corazones de las generaciones venideras para decirles: ¡Así se educa a un hombre! ¡He dicho!”

Todos, de pie, aplaudían. Castillejos cayó entre los brazos del mandatario que lloraba, balbucía palabras incoherentes y se pegaba en el corazón como señalando: Aquí, aquí...

El Presidente Municipal llevó su pañuelo a los ojos humedecidos, y Garmendia, haciendo esfuerzos, se acercó para decir al Presidente Municipal:

—¡Todo un éxito, señor, todo un éxito!

Pons, conmovido, no cesaba de aplaudir. Al llegar junto a Garmendia, casi le gritó:

—¡Casta de Hidalgos, Luisito, casta de Hidalgos!

—Y todo esto, le contestó Garmendia, es obra de las fuerzas vivas, don José, más vivas que nunca.

• Un premio extraordinario, del Estado, ha sido otorgado, en Viena, a Rudolf Kassner, por el conjunto de sus obras. El poeta, a pesar de su parálisis, ha viajado bastante. Hace años que vive en Suiza.

• Con la misma ocasión fueron otorgados los premios de literatura, arquitectura y música. Coparon los católicos: Rudolf Heinz (poeta, novelista histórico, dramaturgo —va a estrenar esta primavera su último drama “La gran alternativa” que trata de la conversión de Saulo—), Clemens Holzmeister que ha proyectado la gigantesca catedral de Bello Horizonte, en el Brasil, y el compositor Johann Nepomuk David, organista de fuste, alejadísimo de las teorías de su coterráneo Schoenberg.

• El jurado del “Premio Fénéon” —frente a frente, lado a lado, Aragón y Paulhan, decidieron premiar cuatro cuadros: dos figurativos y dos abstractos. Los favorecidos fueron Chambrun y Fleury, por una parte, Laubiés y Gillet por la otra.

• Las obras de Maurice Druon, premio Goncourt 1948, acaban de ser recogidas en Alemania Occidental, por ultraje al pudor. A la comisión de padres de familia —que existe en el ministerio de Justicia, de Francia—, no se le había ocurrido nunca emitir juicio desfavorable hacia las obras del autor del “Fin de los Hombres”.

• Gran éxito de Yma Sumac en Washington. Acaba de filmar para la Paramount, en el Perú y en Hollywood, “El Secreto de los Incas.” “Es algo acerca de los Incas, —dijo— con una historia de amor y algunos gangsters tipo Hollywood, usted ya me entiende...”

• El problema de los sacerdotes-obreros franceses ha tenido complicaciones muy serias; nada menos que la decapitación de la orden de Santo Domingo, en Francia. Los provinciales de París, Lyon y Toulouse fueron depuestos y los más ilustres escritores y teólogos de la Orden tuvieron que abandonar la región parisiense, entre ellos el R. P. Boisselet, director de las ediciones “du Cerf”. François Mauriac ha puesto el grito en el cielo: “Callarse es un deber sin riesgo —escribe—. Toda el ala andarina (mar-

chante) de la Iglesia de Francia ha sido horrendamente alcanzada.” Grito de dolor, no de revuelta —precisa—.

• La magnífica revista de la Universidad de Puerto Rico, “La Torre”, que dirige el rector Jaime Benítez, se imprime en México y no puede encontrarse en ninguna librería de esta ciudad.

• Richard Wright publica un sonado artículo bajo el título de *El mundo es más grande que E. U. y Rusia*.

• La colección “Adonais”, que se publica en Madrid, llega a su centésimo volumen; para celebrarlo publicará una antología de sus éxitos, con un prólogo de Vicente Aleixandre.

• Los admiradores del poeta catalán Carles Riba le han regalado una casa, en Cadaqués.

• Stephen Spender acaba de publicar, en Londres, *The creative element* en el que relata las etapas del pensamiento en el siglo pasado.

• El centenario del nacimiento de Arthur Rimbaud, dentro de unos meses, será ocasión de centenares de artículos y de muchos libros.

• “Hubo sofistas de mucho talento —dice un comentarista francés y marxista— y no hay duda de que Jorge Luis Borges no carece de él.”

• León Felipe cumplió 70 años el 2 de abril, hace 10 que murieron Enrique Díez-Canedo y Max Jacob.

• El poeta polaco Julián Tuwín falleció, a los cincuenta y nueve años, en Zakopane, en los Cárpatos.

• Desde el 1º de junio de este año será valedera —únicamente en Europa—, la tarjeta de identidad cultural, extendida gratuitamente por los respectivos Secretaríos de Educación para profesores, estudiantes, artistas, arquitectos, investigadores. Otorga ciertas ventajas: entrada libre en bibliotecas y museos, descuentos en ferrocarriles y teatros.

• A la edad de 90 años murió la señora Amar, nieta, hija y madre de domadores famosos, fundadora de un circo de renombre internacional.

• La ópera de Schubert “Alfonso y Estrella”, que sucede en España y en el siglo IX, acaba de ser reestrenada en Viena.

